

La Montaña Santa

Jorge Dezcallar*

Visita al Monte Athos

EL Mediterráneo tiene menos extensión que el desierto del Sahara pero es mucho menos homogéneo desde todos los puntos de vista y así, sin ir más lejos, en sus orillas conviven situaciones tan diferentes como las que nos ofrecen Ibiza o Mykonos y el Monte Athos, separadas no tanto por una distancia física siempre pequeña como por la que existe entre dos formas antitéticas de contemplar el mundo y plantearse la existencia.

Gracias a unos amigos griegos «bien situados» –pues uno es embajador y el otro archimandrita de la Iglesia ortodoxa– he tenido ocasión de visitar ese gran superviviente del pasado que es el Monte Athos, remanso de paz y espiritualidad en un entorno cada vez más tensionado por las crisis balcánicas y del Oriente Medio.

El Monte Athos es una de las tres puntas en que acaba la península Chalcídica en el extremo nororiental de Grecia, cerca de Tesalónica, en lo que fue el corazón de la Macedonia de Filipo y de Alejandro. En el mapa aparecen como tres dedos largos y huesudos –índice, medio y anular– que se aden-

* Diplomático. Embajador de España en Marruecos.

tran en el mar Mediterráneo. El más oriental es Agion Oros, la Montaña Santa, conocido entre nosotros como el Monte Athos, con una longitud de unos ochenta kilómetros y una anchura de unos diez kilómetros por términos medio.

No es fácil acceder a él, pues una alambrada lo separa del resto del territorio continental y el servicio griego de guardacostas vigila para que ningún barco de recreo se acerque a más de 300 metros de su perímetro. No es que esté aislado, es que los monjes que lo habitan necesitan un mínimo de tranquilidad y sosiego para poder seguir la vida de meditación y perfeccionamiento que se han impuesto y que no sería posible, como es obvio, entre turistas y tour-operadores. Pero no viven aislados, pues reciben un número determinado de visitantes al año, a los que se permite una corta estancia en la Montaña Santa durante la cual son alojados y alimentados gratuitamente en los monasterios que visitan. Eso sí, no se admiten vehículos y los desplazamientos por el monte hay que hacerlos un ratito a pie y otro andando, como reza el adagio popular.

Para entrar hay que ponerse en cola de forma similar a como ocurre en las cuevas de Altamira, que es otro ejemplo parecido de un entorno de otra época que ha llegado hasta nosotros y que es imperativo preservar de las masas para evitar su destrucción. Igual pasa con el Monte Athos, al que se accede cuando le toca a uno el turno desde un pueblo limítrofe de nombre precioso y apropiado: Uranópolis, la Ciudad del Cielo.

En el Monte Athos hay una veintena de monasterios, todos de rito ortodoxo, que albergan a unos tres mil monjes que han decidido huir del mundo y optar por una vida retirada que favorezca un proceso de transformación —ellos lo llaman metamorfosis— que les aproxime a la fusión con la divinidad. No en vano la cima del Monte que corona la península está consagrada a una capilla dedicada a la transfiguración del Monte Tabor. A esa ascesis pretenden llegar los monjes siguiendo una vida de trabajo y oración, de castidad y obediencia, alejados de los intereses del mundo que les rodea, bullicioso e ignorante de su búsqueda espiritual.

Cada monasterio tiene su prior o «ergómenos», elegido con carácter vitalicio entre la minoría de monjes con derecho a voto, que vienen a ser un diez por ciento del total, aquellos que se han probado suficientemente en la vida monástica cuya dureza rechaza a muchos jóvenes entusiastas que no logran resistirla. El ergómenos imprime su carácter —jovial o austero, riguroso o complaciente— a la vida diaria y espiritual del conjunto de monjes encomendados a su custodia. En realidad sólo él y un grupo muy reducido en torno suyo mantienen contacto con el exterior gracias a la radio, el telé-

fono, la prensa e incluso el reloj, que son cosas ajenas para el resto de los monjes y que, según mi experiencia personal, tampoco echan particularmente de menos.

También hay otras diferencias entre los monasterios que son de régimen interno, de advocación, de antigüedad, de matices en la interpretación de una misma fe, de origen social de los monjes...

Los ergómenos se reúnen en un consejo que agrupa a todos los monasterios y juntos eligen a uno de entre ellos que durante un año ejercerá las funciones de director de los asuntos espirituales de Monte Athos. De los asuntos materiales se ocupa un embajador griego, que lo hace desde el Ministerio de Asuntos Exteriores de Atenas. La Constitución griega recoge este estatuto especial de Monte Athos y le garantiza un régimen claramente especial y diferenciado.

Historia del Monte Athos

LA historia del Monte Athos comienza con el Islam. Cuando los musulmanes se extienden por Oriente Medio y Egipto, los monjes y anacoretas que habían proliferado por el Este del Mediterráneo fueron molestados y perseguidos por ese otro monoteísmo triunfante e intransigente y buscaron y hallaron refugio en este trozo de tierra que se adentraba en el mar, con el permiso primero y la protección después de los emperadores de Bizancio. Poco a poco se extendió la voz de la santidad del lugar, se corrió la leyenda de una visita de la propia Virgen María tras la agonía del Calvario, y por fin la enorme humanidad de San Atanasio —en el sentido de tamaño físico, sólo comparable a su talla espiritual— fundó el Monasterio de Gran Lavra excitando la imaginación popular hasta el punto de que Monte Athos se «puso de moda» entre las grandes familias de Bizancio, a comenzar por la del emperador, que dejaron marchar a sus hijos y con ellos sus dineros, legados y fundaciones hacia la Montaña Sagrada, que conoció así un período de gran esplendor a partir del siglo X, hasta que Mehmet II acabó con el Imperio Romano de Occidente en 1453. Pero no desaparecieron entonces los monasterios sino que lograron un entendimiento que les permitió mantener su vida espiritual a cambio del pago de elevados impuestos y de no hacer proselitismo fuera de los límites de la Montaña Sagrada.

Siempre he admirado este pragmatismo inteligente y tolerante del Imperio Otomano, que prefirió gobernar apoyándose en las estructuras loca-

les preexistentes de los territorios que iba conquistando, al igual que hacía su coetáneo austro-húngaro. En el caso de Monte Athos, la Sublime Puerta no molestó a los monjes, que siguieron medrando durante los cuatrocientos años de ocupación turca en Grecia —que tan profunda huella ha dejado— y que tan sólo sufrieron algunos daños en el frenesí de las luchas por la independencia. Por mucho que lo intento, no logro imaginar que una situación similar hubiera sido posible en la España de los Felipes, que hicieron de la homogeneidad religiosa una piedra maestra de su edificio político. Se arguye la amenaza turca como explicación frente a posibles «quintas columnas», pero ¿es que no sucedía lo mismo a la inversa, o es que Lepanto nunca existió? A fuer de sincero hay que admitir que mientras el asedio de Viena por los turcos tuvo carácter ofensivo, fruto de un expansionismo político y militar, Lepanto tuvo más bien carácter defensivo, una vez que la Monarquía católica de las Españas hubo decidido abandonar el Mediterráneo en beneficio de su expansión ultramarina por las tierras americanas. El Reino de Aragón sufrió las consecuencias...

De puertas adentro

LOS monasterios son enormes y abigarradas construcciones rodeadas de escarpadas murallas —pues no escaseaban los piratas en la zona— que abarcan grandes extensiones de terreno cuyo centro se halla ocupado por la Iglesia o Katholikón en torno a la cual se alzan de forma desordenada otros edificios que albergan refectorios, cocinas, celdas monacales, panaderías, bibliotecas, bodegas, museos, en aparente desorden organizado.

Las riquezas de estos monasterios son incalculables en forma de iconos, ornamentos sagrados, pinturas murales, libros, códices y documentos que hacen posible recorrer los mil años de historia que encierran sus muros. El Gobierno griego y la Unión Europea gastan ahora grandes sumas de dinero para preservar tantos tesoros. De hecho hay obras de acondicionamiento en todos los monasterios que tuve ocasión de visitar y que no dan en absoluto impresión de pobreza o de dificultades materiales, pues siguen recibiendo legados y donaciones y son muchas las tierras y propiedades que poseen tanto en Grecia como en otros países del mundo ortodoxo, en particular en Bulgaria, Rusia, Rumania, Serbia...

El culto del Monte Athos sigue la riqueza del ritual ortodoxo al que pertenece con servicios religiosos interminables en los que los monjes no cesan

de moverse entre el penetrante aroma del incienso y la salmodia de sus cánticos. Estos servicios siempre duran varias horas –producto de una época en que el tiempo tenía otro valor pero también fruto de otra escala de propiedades que prefiere dedicarlo a la oración y a la contemplación divina– y en ocasiones duran toda la noche. De hecho asistí –confieso que a intervalos– a uno que comenzó a las ocho de la tarde y finalizó a las diez de la mañana del día siguiente con unos monjes –muchos de ellos de edad muy avanzada– que daban la incomprensible impresión de estar frescos como lechugas.

No hay regla de silencio en Monte Athos o al menos yo no la percibí en los ocho monasterios que tuve ocasión de visitar, aunque hay otros más puristas –y también más fanáticos– donde puede que existan restricciones. Procurando no molestar, siempre pude hablar con quien quise y tan sólo sentí hostilidad –por ser «latino»– en un monasterio particularmente integrista, donde sin llegar a echarnos físicamente no se nos dejó lugar a dudas sobre el disgusto que causaba nuestra presencia. Al parecer hay otro monasterio donde considerarían una ofensa ser visitados por un seglar del papa de Roma. No oculto que me chocó la virulencia con la que los monjes hablaban de religión, negaban el primado de Pedro, criticaban el «Filioque» del Credo o discutían de naturalezas y esencias, hasta el punto de hacer creer que el Imperio de Bizancio seguía vivo y Arrio o los monofisitas podían reaparecer en cualquier momento en plena forma y levantando pasiones populares similares a las que despiertan los partidos de fútbol de nuestro tiempo (y despertaban otrora las carreras de cuadrigas).

Pero al margen de las discusiones sobre sesudos problemas religiosos (que sin duda van mucho más allá del sexo de los ángeles y que subyacen a otros intereses de tipo político y/o económico propios tanto de estos tiempos como de los pasados), lo cierto es que la cortesía y la amabilidad con la que es tratado el forastero son realmente notables. El alojamiento y la comida son gratuitos siempre que se llegue al monasterio antes de la puesta del sol, momento en que se cierran las puertas exteriores y comienza el cómputo del nuevo día que en el Monte Athos se hace como en la vieja Bizancio, con una diferencia de unas seis horas más o menos con respecto al horario del resto de Grecia, de modo que cuando en el Monte Athos son las 12 de la noche y comienza el nuevo día, en el resto de Grecia no son más que las seis de la tarde.

La comida es vegetariana, con pescado algunos días de fiesta y regada con vino elaborado por los propios monjes, que también hacen un licor anisado que consumen con entusiasmo acompañado de pastelillos en cuanto algún visitante les da la menor excusa para ello.

De puertas afuera

anacoretas hay

ALGUNOS monjes consideran excesivamente lujosa y complaciente la dura y austera vida cenobítica y eligen para mortificarse el aislamiento propio de los anacoretas. Los hay que se descuelgan por riscos y permanecen solos durante veinte o treinta años, alimentados por sus monasterios de origen, que les hacen llegar regularmente comida, y otros que, sin llegar a tales extremos, buscan también la soledad como mejor vía hacia esa metamorfosis ascética que es el objetivo de todo monje. Tuve ocasión de visitar a un par de ellos, dedicado uno a la reflexión teológica y el otro a la labor manual y compartiendo ambos un ambiente de espartana austeridad, que se reflejaba también en su aspecto físico. Tan sólo la belleza del entorno, monte bajo y pinar mediterráneo en un paisaje de calas y acantilados sobre el azul cobalto del mar Egeo, podía dulcificar la dureza de estas vidas dedicadas al trabajo, a la oración y a la meditación.

Al dejar atrás la Montaña Sagrada son contrapuestos los sentimientos que a uno le invaden: extrañeza por la pervivencia de ese superviviente del pasado que es el Monte Athos, admiración ante su magnificencia artística y monumental, una cierta envidia frente a quienes tienen claro lo que buscan en esta y en la otra vida, acompañada de rechazo ante lo que se percibe como excesos de fanatismo (sin el cual probablemente no habría tanta seguridad ni convicción), nostalgia de la paz y tranquilidad de un lugar en el corazón del Mediterráneo no violado por la especulación turística, y esperanza de que el futuro globalizado del mundo hacia el que nos encaminamos siga permitiendo —como lo hicieron los turcos durante cinco siglos— la existencia de lugares que, como el Monte Athos, reclaman el derecho a la diferencia y a la espiritualidad frente a la uniformización empobrecedora y al materialismo propios de estos principios del siglo XXI.